

**Texto lido na presentación de *Ningún precipicio*,
de Olalla Cociña, en Santiago de Compostela,
o 6 de outubro de 2013**

Ildefonso Rodríguez

Formas de citación recomendadas

1 | Por referencia a esta publicación electrónica*

RODRÍGUEZ, ILDEFONSO (2014 [2013]). “Texto lido na presentación de *Ningún precipicio*, de Olalla Cociña, en Santiago de Compostela, o 6 de outubro de 2013”. Edición en *poesiagalega.org*. *Arquivo de poéticas contemporáneas na cultura*.

<<http://www.poesiagalega.org/arquivo/ficha/f/2717>>.

* Texto inédito até a súa edición en pdf en *poesiagalega.org*, dispoñíbel desde o 14 de abril de 2014 a partir do arquivo facilitado polo autor.

**TEXTO LIDO NA PRESENTACIÓN DE *NINGÚN PRECIPICIO*,
DE OLALLA COCIÑA, EN SANTIAGO DE COMPOSTELA,
O 6 DE OUTUBRO DE 2013**

Ildefonso Rodríguez

Buenas tardes:

En el prólogo al libro, me he referido en más de una ocasión al poder, el poderío poético de Olalla Cociña. Un poder que se ejerce en conjuros y ceremoniales diversos. Todo eso está en el prólogo, para el que quiera leerlo. Yo quisiera hablar ahora del poder mismo de la poesía.

Entre las correspondencias, las afinidades que nos han ido uniendo a Olalla y a mí, ahora como lector de su libro, está la predisposición de ambos para soñar y creernos nuestros propios sueños. Olalla es una soñadora poderosa. Y a este asunto quisiera referirme durante los (pocos) próximos minutos.

Pues he acabado por descubrir que nuestros sueños son, finalmente, el de la propia poesía. Podríamos hacer un quiasmo: La poesía del sueño es el sueño de la poesía. El poeta Tranströmer declara: “Un poema no es otra cosa que un sueño que yo realizo en la vigilia, sueño y poema comparten algunas mismas leyes...”. A estas alturas de la vida, siento que la poesía ha sido para mí, la he vivido yo como un sueño, con las propias leyes del sueño. Es lo que me sucedió cuando conocí el libro anterior de Olalla, *Libro de Alicia*, caí de inmediato en las redes de ese sueño al que llamo la poesía, la escritura, otros dicen la literatura (me gusta menos, por eso de que me recuerda a la asignatura) De inmediato fui con-movido, trasladado hacia un lugar de mi memoria y busqué dónde, dónde estaba. Estaba en la Gran Ilusión de estar leyendo una vez más lo que se me aproxima y se me aleja, lo que parece hablarme a mí y me vuelve un desconocido para mí mismo. Busqué referencias, nombres para el lugar. Y al encontrarme y perderme en las referencias (mi propio gusto o necesidad de escribir elegías, el libro de Olvido García Valdés, *Ella, los pájaros*, que es una gran elegía) me pareció que otra vez, que de nuevo iba a abrirse aquello que algunos de nosotros llamábamos hace muchos años Los seis ociosos del bosque de bambúes, o el Remedio del moro, o el Signo del Gorrión, como otro lo llamó el Vive como puedas o El club de la Serpiente antes que nosotros. Ahora sé que sin esa ilusión renovada no hay poesía. O, dicho de otro modo, la poesía no es un texto ni un hombre o una mujer que lo escriban: para mí es la ilusión, la Gran Ilusión permanentemente renovada. ¿Cómo? Por los encuentros sucesivos con los textos (las tablillas de qué Caldea) y las personas que los escriben.

Libros ahora como éste, *Ningún precipicio*, que de nuevo me ponen en la situación de no saber nada, que me intimidan (tantas veces ya que me sucede, que me da miedo el manuscrito amigo, y pongo excusas, y tardo, hasta que un día lo abres para descubrir lo que descubriste la primera vez que Miguel Suárez, que fue el primero -y después tantos y tantas otras, bueno, por pequeños grupos, un grupito de tantas y tantos-).

Resumiendo: que lo mejor de eso que vas leyendo es que nunca podrías haberlo escrito

tú, que es hasta contrario (tantas veces) a tus gustos, a lo que más crees que te enciende en la poesía, y sin embargo tienes la certeza total de que otra vez estás ante el prodigio, ante lo recién nacido, ante algo que merece la pena. Otra vez lo que parece casi imposible que suceda: un libro que es de principio a fin poesía de la buena. Y así me he ido acostumbrando a un hecho que puede parecer común, pero que es excepcional: he sido enseñado para leer buena poesía (y añadido sin pausa, buena poesía contemporánea, de los difuntos quevedescos hablaremos en otra ocasión).

Podéis pensar que me estoy refiriendo a la pura nostalgia de lo que yo he perdido y que luché desesperado por recobrar (El club de la serpiente, la pandilla de los Proscritos), que para mí todo se resuelve, al fin y al cabo, en cambiarse cromos, hacer amigos, feisbuk, política de los encuentros y así. Que la poesía es otra cosa: por ejemplo, lo que estudia Francisco Rico cuando le da por ello. Bueno, voy a terminar este testimonio (no tengo muy claro a qué secta pertenezco, pero me he pasado media vida dando testimonios ante la asamblea, será la secta de los poéticos, será el club de los poetasvivos –por ahora) con una pregunta insidiosa, maligna: ¿Y si aquel primer libro no me hubiera llevado a recordar el espacio de mis elegías tan necesarias, tan queridas, si, quiero decir, no hubiera encontrado nada o casi nada en él, como me pasa tantas veces al abrir un libro de poesía y abandonarlo de inmediato por puro aburrimiento, que es algo que no puedo perdonarle a un libro de idem? ¿Si al abrir el Pedefe de *Ningún precipicio* me hubiera visto sumido en, no la ceguera, el desconcierto, el desasosiego naturales ante lo nuevo, no, sino en las meras ganas de cerrarlo sin más? ¿Estaría yo aquí, con vosotros, todos vosotros, contigo, Olalla, diciendo en público algo de lo que nos hemos dicho en privado? No, sólo el poder de la poesía, de la buena poesía (no diré la verdadera, aunque me den ganas) hace mundo, hace amigos, hace hechos (glosando a Wittgenstein: la poesía es todo lo que acaece, la poesía es la totalidad de los hechos). Obra en el mundo, es siempre la salida a un exterior, recoge, desbroza, atiende a lo pequeño, a lo que está sucediendo aquí y ahora, la broza tan decisiva en la vida y en la vida escrita (o cantada, o suspirada) que es la poesía.

La diglosia esencial de la poesía: la luz de la luna bilingüe, como escribió Malcolm Lowry. Y del mismo modo que la poesía es un arte republicano, como decían los románticos alemanes, es por naturaleza internacionalista.

La lengua poética es una supralengua, puesto que permite ser traducida en su esencialidad, la imagen. Un axioma que escribí hace mucho tiempo y tengo presente siempre: Lo poético habla en lengua materna, pero habla también en extranjero esa misma lengua.

Creo que la poesía de Olalla Cociña es un caso muy especial de lengua materna y extranjería.

Pienso en mi propia situación cuando escribo un poema, cuando lo estoy escribiendo. Estoy necesariamente dentro de una tradición, pero me olvido de ella, y hasta de mi lengua materna, es decir, no me siento como aquel que está preservando una lengua, ni una tradición poética. Atiendo sólo a lo mío, a lo que tengo ahí delante. No estoy en conversación con los difuntos, teniendo en cuenta que algunos de esos difuntos se llaman Góngora, Blanca Varela o Vallejo.

Cuando escribo poesía, la única lengua de la que dispongo en la MÍA, y con ella me las tengo que arreglar. Y considero que es lo mismo para una poeta gallega o para el último hablante de una lengua en extinción, si resulta que el pobre o la pobre está cayendo en eso de escribir ¡POESÍA! Eso es lo que ha hecho en su poesía Olalla Cociña, hablar su propia lengua poética. Como escribió Wallace Stevens: Una lengua que él hablaba. Para terminar ya del todo: eso es la poesía: La lengua que habla, escribe, Olalla Cociña. Gracias.